

Félix García Moriyón



LA EDUCACIÓN

XXXXXXXXXX

El texto corresponde al capítulo 6 de "Senderos de Libertad",
cuya autoría es de Félix García Moriyón.

Fuente:

<http://www.quijotelibros.com.ar/anarres/Senderos%20de%20libertad.pdf>

Biblioteca Virtual
OMEGALFA

ΩA

La educación y los seres humanos

La necesidad de un largo proceso de aprendizaje es una de las características que definen a los seres humanos y los diferencian de otros seres vivos. Una larga infancia y, en algunas culturas, una larga adolescencia constituyen un período necesario para poder ir aprendiendo todas las habilidades y conocimientos sin las cuales les resultaría difícil la supervivencia. En la mayor parte de las sociedades en tiempos remotos y en bastantes de ellas en la actualidad, ese aprendizaje era algo garantizado por la familia y los seres más cercanos, incluyendo vecinos o habitantes del mismo pueblo o barrio. Cuando la vida social no era excesivamente compleja —si bien siempre lo ha sido bastante—, bastaba con ese contacto informal, pero constante y en algunos casos sistemático, para que los niños y las niñas fueran recibiendo la instrucción necesaria. En general se trataba más bien de un proceso de socialización y endoculturación, y buscaba sobre todo la transmisión de los valores, actitudes y comportamientos propios de la sociedad a la que pertenecían; a él he aludido, por ejemplo, al hablar de la configuración de la identidad de género en el apartado anterior. Llegados a cierta edad, más a menos a partir de los 7 años, los menores empezaba a aprender tareas algo más complicadas exigidas por el trabajo que iban a tener que desempeñar. Si este trabajo requería una mayor cualificación, como en el caso de los artesanos y los comerciantes, el período de aprendizaje podía llegar a ser bastante prolongado. En muchas de esas sociedades, una minoría destinada a ocupar posiciones de mayor rango recibían una educación más larga, ordenada y metódica después de la primera infancia. Gracias a ella llegarían a ser curanderos, sacerdotes o funcionarios de la administración del Estado cuando algo parecido a éste existía.

Ese modelo funcionó y sigue funcionando. Podemos llamarlo en general educación informal o simplemente procesos de socialización y es responsable de gran parte de lo que sigue definiéndonos

como seres humanos. Desde esta perspectiva, lo fundamental era el punto de vista de la sociedad, es decir, se trataba de conseguir que los niños pequeños se integraran plenamente en las normas sociales de los adultos. Cierta capacidad de innovación podía admitirse, pero no excesiva pues prevalecía la necesidad de perpetuar el grupo social, con escasa consideración por los intereses particulares de las personas que eran objeto de la instrucción. Es más, en realidad no eran considerados personas en el pleno sentido de la palabra y tendrían que esperar a ser admitidos en el mundo de los adultos para empezar a tener un cierto protagonismo personal. No obstante, era quimérico anular completamente la exigencia de que los niños se apropiaran conscientemente de las normas del grupo y sus pautas de comportamiento. Las características de la especie humana han hecho imposible que la educación se reduzca a puro adoctrinamiento socializador y siempre ha contado con la intervención activa de quienes recibían la educación y con su capacidad de apropiarse reflexivamente de las normas, para de ese modo ser capaces también de modificarlas cuando las circunstancias lo exigieran. Por eso, las sociedades que mejor han sabido transmitir esa dimensión reflexiva y creativa, favorecedora de innovaciones, han tenido mejor fortuna en su proceso de adaptación y crecimiento.

A partir del siglo XVI en Europa se empiezan a extender los centros de educación formal destinados no sólo a posibles universitarios, sino a un público más general. El proceso, muy tímido al principio, se generaliza a finales del siglo XIX y se hace prácticamente universal en el grupo de países de mayor nivel de desarrollo tecnológico en la segunda mitad del siglo XX. Es entonces cuando, junto a la educación en su sentido más general, aparece lo que en estos momentos llamamos escolarización y que constituye una etapa decisiva para las personas que nacen y viven en nuestras sociedades. En un primer momento, las escuelas estaban reservadas a los niños —mucho menos a las niñas— que procedían de las clases altas o hegemónicas; a los demás casi les estaba vedado asistir a clase. Por una parte, las escuelas constituyen una respuesta a la necesidad, planteada por sociedades más complejas y sofisticadas en todos los sentidos, de que sus miembros aprendan muchas más

cosas que las que tenían que aprender en sociedades anteriores. Si se quiere participar efectivamente en estas sociedades, hay que conseguir una mayor educación y eso desborda ampliamente las posibilidades de la familia y exige mucho más tiempo a cargo de personas especializadas en las tareas de formación. La alfabetización, por ejemplo, deja de ser una destreza minoritaria y pasa a ser una habilidad necesaria. La ausencia de escolarización va a ir vinculada con situaciones de marginación y exclusión social, en unas relaciones de causalidad más bien circulares: la situación de marginación dificulta el acceso a la escuela y el aprendizaje de la lectura y la escritura, y esta carencia se convierte a su vez en causa de que se reproduzca e incremente la marginación y la exclusión. Para mayor discriminación, las escuelas suelen manejar los códigos lingüísticos de las clases superiores de la sociedad, con lo que los niños que no proceden de esas clases se encuentran con dificultades añadidas llegado el momento de su promoción.

Por otra parte, unido a lo que acabo de decir, las escuelas se erigen en un espacio social decisivo para la reproducción de la opresión y la explotación sociales, pero también para combatir esas situaciones de dominación. La idea de que la educación, pensando quizá más en la formal, la que se imparte en la escuela y centros de enseñanza media y superior, es algo esencial en la emancipación de los seres humanos es un tema recurrente en todo el pensamiento progresista occidental. No es de extrañar, por tanto, que el movimiento socialista, y más todavía el socialismo libertario o anarquismo, concediera una importancia muy elevada a la educación. Ésta era necesaria para poder tomar conciencia de la situación en la que las clases explotadas se encontraban, pues sumidas en la ignorancia aceptaban como incuestionables las explicaciones con las que la clase dominante intentaba justificar sus privilegios. Y era también necesaria si se quería poseer los conocimientos requeridos para transformar revolucionariamente la sociedad capitalista y dar paso a una sociedad nueva sin explotación ni opresión. En una lograda expresión muy corriente en los medios libertarios, se decía que la ignorancia era el alimento de la esclavitud. Con esto se daba un paso más respecto de lo afirmado por los ilustrados; no se tra-

taba tan sólo de que la ignorancia mantuviera supersticiones e intolerancias y dificultara además el progreso económico del país. Admitido todo eso, lo que estaba en juego en la educación era una cuestión de dominación social, tanto en el marco global de las instituciones políticas como en el más próximo de las relaciones familiares. La educación era un instrumento decisivo en la liberación de los seres humanos, del mismo modo que, adecuadamente controlada y restringida por la clase hegemónica, podía ser utilizada para apuntalar la dominación ejercida por esta minoría privilegiada.

Extender la educación, hacer partícipes de la misma a todos los seres humanos desde la más temprana infancia, era un objetivo básico del movimiento libertario. Para conseguirlo se volcaron en las tareas de propaganda, con la publicación de numerosas revistas, panfletos y libros en los que difundían no sólo los ideales anarquistas, sino también todos los conocimientos proporcionados por los avances científicos en todos los ámbitos. No importaba demasiado que muchos campesinos y obreros no supieran leer; los que sí sabían hacerlo se encargarían de leerles los textos en alta voz para que calara en su conciencia el mensaje de liberación que querían transmitirles. Al mismo tiempo, esas publicaciones incrementarían el deseo de leer para tener una mejor información. También se afanaron en la creación de escuelas a las que pudieran acudir todas las niñas y todos los niños, favoreciendo el acceso de los sectores sociales menos favorecidos. En todos los lugares donde pudieron ejercer una clara influencia social y contaron con suficiente adaptación, organizaron escuelas para la educación de niños, y también de adultos. En algún caso, era precisamente la escuela la que servía de punto de partida para una mayor difusión de los ideales de cambio social que propugnaban. Esas escuelas, como las racionalistas en España o La Ruche en Francia, estaban al margen del sistema educativo oficial. Éste era desde luego claramente insuficiente, por lo que muchos niños no tenían la oportunidad de acudir a la escuela; pero, al depender del Estado, no dejaban de ser para los anarquistas un lugar en el que fundamentalmente se reproducía la ideología dominante y eso apoyaba la idea de crear sus propias escuelas.

Los anarquistas y todos los pensadores más progresistas desde la Ilustración insistieron en ese valor liberador que en sí mismo puede tener el conocimiento; aceptaron igualmente la estrecha vinculación entre saber y poder. Por eso se empeñaban en difundir los conocimientos científicos, organizaban escuelas y ateneos, y procuraron que las clases obreras y populares tuvieran acceso al conocimiento. Todo eso, sin embargo, no era suficiente; la educación debía formar parte de un proyecto completo de liberación y era el resto de las luchas sociales lo que le confería todo su sentido. A diferencia de los pedagogos ilustrados, la educación no era suficiente para cambiar la sociedad, mucho menos si esa educación no estaba vinculada conscientemente con el proceso de cambio emancipador. Había modelos educativos que reforzaban la jerarquización, la competitividad y la asunción como indiscutibles de las reglas sociales que imperaban en las sociedades capitalistas; por el contrario, ellos se situaban en el grupo de educadores que consideraban imprescindible conseguir que la educación impartida fuera coherente con el proyecto de transformación social. De ahí la necesidad de buscar nuevos métodos de enseñanza, de dar prioridad a unos contenidos frente a otros, y de estructurar toda la escuela y la vida escolar de otra manera.

Insistían con la misma energía en que tampoco se iba a conseguir un cambio social revolucionario si la acción transformadora se limitaba a tomar o abolir el Estado y las instituciones económicas. Si para llegar a ser personas en el pleno sentido de sus posibilidades los seres humanos necesitamos vivir en una sociedad sin explotadores ni opresores y, por lo tanto, sin explotados ni oprimidos, para participar en una sociedad de este tipo hacen falta personas nuevas, no después de los momentos de transición revolucionaria, sino antes y durante los mismos. El cambio social no ocurre de la noche a la mañana, ni se produce por tomar el Palacio de Invierno o declarar la colectivización de las tierras y las fábricas; es el resultado de un largo proceso pedagógico en el que, al hilo de las luchas y enfrentamientos con la burguesía y el Estado, las personas han ido aprendiendo a ser libres y solidarias, a no delegar en nadie, a asumir su propia e irrenunciable participación en la gestión de los

problemas que afectan a la comunidad. Por eso, si pretendemos formar personas capaces de decidir por sí mismas, capaces de sacudirse la opresión y no volver a caer en ella, hay que educarlas desde pequeñas, fomentar en ellas el sentido crítico y la autonomía personal, así como unos valores de solidaridad y libertad. La educación es una condición necesaria para lograr todo eso y desempeña un papel central; por eso hace falta cuidarla y volcarse en ella y por eso también los mismos centros escolares se convierten en espacios ineludibles de las luchas sociales. Un proyecto de revolución integral no puede llevarse adelante sin un cambio educativo igualmente radical. Un cambio educativo radical no puede salir adelante si no está vinculado con un proyecto revolucionario integral. La educación es una tarea política; la política es una actividad educativa.

- b -

Las contradicciones de la educación en la actualidad

El hecho de que la educación haya sido reconocida como un objetivo prioritario en casi todos los países no nos permite decidir cuál es el sentido de ese incremento del tiempo dedicado a la formación de las personas, y más en concreto el sentido que tiene el tiempo de la escolarización formal obligatoria. Eso no quita para que, en principio y en general, esta escolarización sea un dato muy positivo. Los objetivos básicos que debe plantearse la educación en la actualidad pueden estar más o menos claros para todo el mundo. Afortunadamente hoy goza de una casi total aceptación el modelo que propone como objetivo el desarrollo personal y social de las posibilidades de llevar una vida con sentido, libre de carencias e imposiciones. Poca gente negará que la educación debe plantearse como prioridad absoluta el conseguir que las personas lleguen a ser críticas, creativas y solidarias, del mismo modo que prácticamente todo el mundo estará de acuerdo en que la educación contribuye

de forma decisiva a la formación de sociedades democráticas. Digamos que se trata de un lenguaje políticamente correcto que se repite hasta la saciedad en todas las reuniones nacionales e internacionales y en todos los programas educativos, salvo excepciones extremas. Si bien puede parecer pura retórica, es un logro en absoluto despreciable, sobre todo si tenemos en cuenta que no hace tanto tiempo había responsables políticos que afirmaban públicamente que no era necesario que todo el mundo adquiriera una educación así concebida.

Una de las formulaciones más afortunadas de los mismos es la que se ofrecía en un reciente informe preparado bajo los auspicios de la UNESCO sobre la educación para el futuro. Pueden parecer demasiado generales o vagos, pero considero que son suficientemente específicos y exigentes y pueden ser utilizados como principios orientadores de lo que es necesario hacer en educación. Según las personas que realizaron el informe, cuatro son los pilares básicos en los que se basa lo que ya debe ser llamado educación a lo largo de la vida:

- aprender a conocer,
- aprender a hacer,
- aprender a vivir juntos
- y aprender a ser.

Aprender a conocer implica alcanzar una cultura general suficiente con unos conocimientos algo más profundos en ámbitos específicos y sobre todo implica aprender a aprender para poder hacer frente a las exigencias provocadas por los sucesivos cambios en todos los campos.

Aprender a hacer lleva consigo una adquisición de las competencias necesarias para poder actuar en situaciones diferentes y además trabajar en equipo para resolver tareas diversas, profesionales o no profesionales.

Aprender a vivir juntos guarda una estrecha relación con ese cruce de culturas y opciones de vida diferentes que se dan en sociedades

abiertas, sujetas a procesos constantes de movimientos demográficos y al impacto de formas culturales alternativas.

Por último, aprender a ser recoge una exigencia muy antigua de la humanidad: alcanzar las destrezas cognitivas y afectivas que las personas necesitan para llegar a ser ellas mismas, llegar a ser lo que son, desarrollando al máximo sus propias, únicas, irrepetibles e intransferibles posibilidades. Si bien es cierto que puede admitirse en la educación formal infantil y primaria una cierta insistencia en la adquisición de conocimientos, en ningún caso deben éstos constituir el núcleo del aprendizaje en esas etapas.

El acuerdo en torno de esos principios muy básicos no puede ocultar los profundos desacuerdos cuando tenemos que pasar a analizar lo que realmente está ocurriendo con la educación en el mundo. Lo primero que debemos tener en cuenta es algo que ya he aludido anteriormente. En el capitalismo hay una contradicción permanente en la educación que difícilmente se puede salvar. La clase hegemónica ha visto en la escolarización un instrumento básicamente de control social y de rentabilidad económica, con una perspectiva mercantilista que en las últimas décadas no ha dejado de incrementarse. La inversión en educación es una inversión encaminada a mejorar los recursos humanos, lo que en su momento repercutirá en un mejor rendimiento económico y una mayor productividad. En la economía actual, las personas analfabetas se convierten en seres improductivos, exceptuando unos pocos trabajos que pueden ejecutarse sin ninguna habilidad específica o con habilidades muy limitadas. Teniendo en cuenta el modo de funcionar de la economía actual, la necesidad de cuidar la formación de las personas no desaparece después de los primeros años y se mantiene de por vida; una empresa que no quiera quedarse obsoleta tendrá que organizar la formación permanente de sus trabajadoras y de sus trabajadores. Esta educación no formal está adquiriendo en estos momentos una enorme importancia; los empresarios procurarán externalizar los gastos, por ejemplo con las enormes subvenciones que reciben de los fondos públicos para organizar cursos de formación, o simplemente lo repercutirán en sus cuentas de resultados como gastos de producción. En definitiva, proporcionar

educación es como construir carreteras o aeropuertos: la educación genera una infraestructura imprescindible para un buen funcionamiento de la economía. Al mismo tiempo se hacen cálculos que permiten, a nivel individual, establecer una correlación entre nivel de educación y nivel de salarios, con lo que se difunde y cimenta la idea de que invertir en educación es algo rentable para las personas. Ya no es solamente la empresa la que está interesada en la formación, sino que las personas que trabajan, también quienes están desocupados, analizan el mundo de la educación y la formación como un mercado en el que se debe invertir procurando la mayor rentabilidad para el futuro. En algunos casos, esa perspectiva es la que domina ya al escoger la escuela infantil, se mantiene en la escolarización obligatoria y se hace más patente en los niveles superiores. Convertida la educación en un bien consumible y en una inversión privada, aparece así como un mercado potencial en el que merece la pena invertir para obtener pingües beneficios. Es clásico el descomunal negocio de los libros de texto, sobre el que se ha cimentado, por mencionar un caso, el imperio mediático más importante de España, Prisa; pero en estos momentos el mercado educativo es muy amplio y ofrece enormes posibilidades de hacer negocios. Programas educativos, recursos didácticos, centros más o menos especializados en sectores específicos de formación y los ya clásicos centros docentes, son algunos de los subsectores donde puede ser bastante apetitoso invertir dinero para atender las necesidades de una gran parte de la educación.

La orientación mercantil de la educación se ve reforzada además porque la clase hegemónica siempre ha visto en las escuelas y en la educación obligatoria un eficaz instrumento para transmitir y perpetuar la ideología del sistema. El alumnado aprende muchas cosas en las escuelas, como la necesidad de distinguir entre tiempo libre y tiempo de trabajo o la existencia de rígidas jerarquías, con la obligada sumisión de quienes ocupan las posiciones inferiores, en este caso el alumnado. Es sobradamente conocido el papel que la escolarización obligatoria desempeña en disciplinar y homogeneizar a la población infantil para que lleguen a ser buenos ciudadanos cuando sean adultos. Estas dimensiones y otras parecidas constitu-

yen eso que habitualmente llamamos currículum oculto, nunca formulado de manera explícita, pero sumamente eficaz en la configuración de la personalidad de los seres humanos. Al mismo tiempo, la escolarización fomenta el mito de la competitividad estableciendo un riguroso sistema de calificaciones que cuantifican el rendimiento académico y permiten establecer comparaciones entre el alumnado. Quienes obtengan mejores notas podrán acceder a los estudios que dan paso a los puestos ejecutivos en la sociedad; es un proceso selectivo que se mantiene en todo momento, de tal modo que si son demasiadas las personas que obtienen un título universitario, se creará un título de postgrado para preservar esa selección. Ésta funciona además como legitimadora del orden establecido.

La cultura escolar no es neutral y favorece más a unas clases que a otras, por lo que la probabilidad de que se dé un fracaso académico es mayor entre el alumnado socialmente y culturalmente desfavorecido. Al final, el porcentaje de alumnado procedente de la clase obrera en la universidad es muy inferior al que debiera haber de funcionar adecuadamente la igualdad de oportunidades. Posiblemente, sin embargo, sea esa misma ideología de la igualdad de oportunidades en la escuela la que termina legitimando esa efectiva desigualdad de oportunidades: establecido que todo el mundo puede acceder a las mismas escuelas, el fracaso posterior será responsabilidad directa de cada persona que no supo competir adecuadamente. Nada puede recriminarse a un sistema educativo y político que ha proporcionado a todo el mundo un puesto escolar.

La educación, y más en concreto el sistema educativo, no puede ser muy diferente a la sociedad que lo elabora y lo mantiene. Aquí también se cumple sin demasiadas fisuras la subordinación de toda actividad social y política a las exigencias del liberalismo económico que todo lo rige. No obstante, la exigencia popular de educación para todos no ha perdido en absoluto su vigencia. Como acabo de decir, sólo recientemente, y no en todas partes del mundo, se ha admitido la necesidad de la escolarización universal, y esa exigencia ha constituido durante algo más de un siglo uno de los pilares de las reivindicaciones más progresistas. La escuela podrá adoctrinar, pero es también un lugar de liberación, y todo proyecto

de dominación y control social se organiza mejor cuando se niega todo acceso a la cultura y el conocimiento a quienes padecen la dominación. Así ha sido percibido siempre por los grupos sociales que lideraban los procesos de liberación. Sin escolarización se reducirían las posibilidades de hacer frente a los opresores y las personas carecerían de los instrumentos imprescindibles para hacer una crítica de los mecanismos de explotación y opresión sobre los que se sustenta la sociedad actual. Es bien posible que la escolarización obligatoria, a pesar de ser más prolongada que en épocas anteriores, no ha incrementado sustancialmente las posibilidades de reducir las desigualdades sociales o de favorecer la movilidad social; es, sin embargo, bastante seguro que la falta de escolarización está íntimamente vinculada con los procesos de exclusión y marginación social, contribuyendo a su profundización. La reciente campaña que exige la escolarización universal en todo el mundo promovida por organizaciones no gubernamentales solventes y apoyada por algunas instituciones internacionales, es un buen recordatorio de que la efectiva democratización de nuestras sociedades demanda sin duda alguna algo más que escolarización, pero nunca algo menos. Y nos recuerda que la educación, la escolarización, es un derecho de todo ser humano.

- c -

Educación y democracia

Al reflexionar sobre las relaciones que se establecen entre educación y democracia estamos apuntando a un asunto nuclear y sustantivo. Teniendo en cuenta lo que ya dije en su momento acerca de la democracia como reconocimiento de que los seres humanos deben hacerse cargo de su propia organización política, sin dar nada por supuesto ni apelar a pretendidas tendencias naturales que justificarían más un modelo de organización social que otro, afloran de inmediato las implicaciones de esa tesis para la educación. La primera es que jamás se podrá dar la democracia en el sentido aquí reivindicado si no contamos con un público bien informado y

bien formado. Las complejidades inherentes a la vida en sociedad, incrementadas por la renuncia a una solución definitiva de los problemas que la convivencia plantea, obliga a la sociedad a tomarse en serio la preparación metódica y bien organizada de todas las personas en sus años de formación inicial. Esos años resultan decisivos para que adquieran las destrezas cognitivas y afectivas sin las cuales difícilmente van a poder asumir las responsabilidades que se derivan de su ciudadanía. Esas destrezas implican más o menos los cuatro objetivos del aprendizaje aludidos en el apartado anterior; la gente tiene que aprender a observar críticamente la realidad que la rodea, emitiendo a continuación juicios evaluativos que les permitan diferenciar entre las prácticas e instituciones liberadoras y las que no lo son. Basados en esos juicios y aplicando las destrezas aprendidas, podrán elaborar nuevas estrategias y nuevas prácticas con las que hacer frente a los problemas detectados.

Ciudadanos reflexivos, con un adecuado desarrollo de sus capacidad de análisis y abstracción, pero también ciudadanos virtuosos, esto es, con las dimensiones afectivas que los capaciten para implicarse en un diálogo cooperativo con sus conciudadanos, independientemente de las características específicas. No resulta sencillo, incluso quizá sea imposible, embarcarse en un proceso abierto de discusión, yendo más allá de las necesidades e intereses del pequeño grupo de referencia, si no se dispone de la adecuada formación, y ésta no se adquiere sin un proyecto intencional bien estructurado, tal y como el que es posible en una institución escolar universal.

Ser ciudadano del mundo, reconocer en el diferente y el desigual una persona con igualdad de derechos políticos, económicos, sociales y culturales, aceptar sus puntos de vista y tenerlos seriamente en cuenta cuando se delibera y se toman decisiones, todo eso no es algo evidente ni algo con lo que se nace; sólo podemos mostrarlo en nuestra conducta si hemos desarrollado las capacidades que hagan posible dicho reconocimiento. En este sentido, podemos considerar la educación como un deber tanto para la sociedad como para los individuos. Aquélla, porque tiene el deber de garantizar que todo el mundo adquiera esas dimensiones y no puede

consentir una formación deficiente que pondría el peligro la propia pervivencia del sistema democrático que dice defender; éstos, porque para poder ejercer ciudadanía, algo que nunca se puede regalar ni otorgar, necesitan tener una preparación personal bastante exigente.

La posibilidad de que la gente responda a los retos democráticos con una vuelta a la violencia excluyente, a los liderazgos populistas o simplemente a las dictaduras paternalistas no es algo remoto sino algo muy presente, como queda claro en la audiencia con la que cuentan propuestas políticas reaccionarias, por no decir puramente fascistas en sociedades democráticas bien asentadas como las europeas.

Lo que se necesita, por tanto, es más educación y nunca menos, y toda lucha social encaminada a mejorar en todos los sentidos la educación obligatoria es una aportación insustituible para la consolidación de sociedades radicalmente democráticas. Hace falta una intervención educativa masiva en los primeros años de la infancia, cuando las personas están consolidando pautas de comportamiento de importancia crucial en sus vidas. Y la intervención no puede terminarse en esos años, sino que debe continuar a lo largo de todo el ciclo vital de las personas. Por una parte, porque la experiencia indica que no todo el mundo aprovecha esos primeros años de la manera adecuada, y termina la escolarización con serias insuficiencias; para ellos será necesario articular propuestas que les permitan en momentos posteriores adquirir esa formación que en su día no lograron. De este modo desarrollaríamos políticas activas encaminadas a corregir las desigualdades que se pueden dar por factores diversos. Por otro lado, como ya vengo diciendo, estamos atravesando un período en que los cambios en los contextos sociales son constantes y las personas deben hacer frente a situaciones nuevas que las obligan a reestructurar con cierta frecuencia su manera de ver y entender la sociedad. Las destrezas fundamentales adquiridas facilitarán los nuevos aprendizajes, pero no los harán superfluos. Pensemos, por ejemplo, en el serio aprendizaje que es necesario en estos momentos para que los importantes movimientos migratorios no provoquen comportamientos xenófobos o

racistas entre la población autóctona.

Debemos tener presente igualmente la importancia de la educación informal, lo que refuerza esta necesidad de incrementar los esfuerzos educativos a lo largo de toda la vida. La decisiva contribución de los medios de comunicación a la creación de estados de opinión y a la modificación o alteración de las ideas y creencias de las personas hacen de ellos elementos educativos que hay que tener en cuenta. Quienes trabajamos en la educación formal, por ejemplo, sabemos muy bien lo imposible que resulta con frecuencia ayudar al alumnado a apropiarse reflexivamente de los valores fundamentales que determinan el sentido de sus vidas pues están absorbiendo esos mismos valores de forma no reflexiva a través de los medios. No deja de ser curioso y preocupante en este sentido el poco tiempo que destinamos a la alfabetización en imágenes (para mejor ver la publicidad y la televisión) y en sonidos (para apropiarse reflexivamente de lo que emiten las radios y las canciones). Pasada la infancia, incluso en el supuesto de que salgan de la escolarización bien preparados, el problema persiste y la insistente labor de esos medios puede deshacer gran parte de lo conseguido.

La tremenda batalla que se está librando en estos momentos por el control de los medios de comunicación es buena prueba de la importancia que se les concede como instrumentos contundentes de intervención social. A diferencia de otros procesos de socialización y endoculturación, sí podemos hablar aquí de un claro proyecto de dominación y control en el que dificultar la percepción consciente de lo que se está haciendo es algo que se busca de forma explícita; son, sin lugar a dudas, instrumentos de difusión de la ideología en el sentido más negativo que ésta tiene en la sociología del conocimiento. No existe, por tanto, ningún planteamiento claramente educativo en esos medios, al menos en general y dejando al margen las contadas excepciones. Es cierto que las personas normales y corrientes no son estúpidas y que generan algunos instrumentos de autoprotección contra tanta manipulación, pero son claramente insuficientes. Es por eso por lo que, para tener una ciudadanía formada e informada, se necesitan planteamientos coherentes que hagan frente a esta deseducación difusa generalizada, y las expe-

riencias acumuladas en los centros de educación de adultos y las universidades populares, por poner ejemplos significativos, son muy valiosas, sobre todo cuando esán insertadas en un compromiso de transformación social.

La aportación de la educación a la democracia debe provocar una modificación muy profunda de lo que habitualmente se hace en los centros educativos. Lo primero es alejarse de todo intento de adoctrinamiento, incluido un adoctrinamiento democrático. Los principios de una sociedad democrática no puede ser transmitidos como paquete de conocimientos y habilidades que los niños incorporan acríticamente. En este sentido, las críticas que en su día Mella hiciera a Ferrer Guardia eran acertadas; si todo consiste en cambiar un cuerpo de doctrina (por ejemplo, el que exalta los valores y prácticas del capitalismo) por otro (el que exalta el socialismo libertario), no habremos realizado un gran cambio, tan sólo habremos modificado la doctrina utilizada para manipular y controlar las conciencias. Por el contrario, como decía Pablo Freire, el objetivo debe ser concientizar a todo el mundo para que sea capaz de adoptar una actitud más crítica y reflexiva ante los problemas que lo rodean. Eso implica que el centro de interés del proceso se sitúa más bien en la persona que está aprendiendo, cuyos intereses y realidad inmediata son utilizados como punto de partida del proceso de aprendizaje. Al trabajar con esos focos de interés, las personas tienen más facilidad para desarrollar las destrezas que permiten esa apropiación crítica y reflexiva de la que tanto vengo hablando, y además pueden ir descubriendo nuevos focos de interés al verificar la amplitud y complejidad de los problemas que tienen. Se trata, por tanto, de una educación concientizadora en la que en realidad nadie educa a nadie, sino que los seres humanos se educan en comunidad.

Esto nos lleva a otra aportación que marca una clara diferencia. Para que la educación aporte algo sólido al proceso de construcción de sociedades democráticas, tiene que ser ella misma una institución democrática, sin negar con ello las limitaciones que pueden derivarse del desnivel existente entre el alumnado y el profesorado. El objetivo final de toda educación es superar ese desnivel

inicial, llegando a situaciones de total igualdad y total ausencia de imposición. Lo que puede resultar irritante es comprobar hasta qué punto se retrasa indefinidamente una mayor implicación del alumnado en su propio proceso educativo y se le niegan posibilidades reales de ejercer como sujeto activo y protagonista de su aprendizaje. Por eso resulta imprescindible que toda la práctica escolar esté imbuida por principios democráticos, que el alumnado participe seriamente en la deliberación y la toma de decisiones sobre las cuestiones directamente relacionadas con lo que hay que hacer en la institución escolar. Si desde los primeros años de la escolarización se los impulsa y se les enseña a participar, muy pronto harán aportaciones valiosas pues, al ser los protagonistas del aprendizaje, pueden saber bastante bien cuáles son las necesidades y cuáles las carencias existentes.

Teniendo en cuenta la importancia que tiene el aprendizaje por observación en los seres humanos, los niños tenderán a interiorizar más lo que ven hacer que lo que les decimos que deben hacer. De ese modo, al comprobar que tanto en el aula como en la vida escolar en su conjunto, su opinión es solicitada y tenida en cuenta, y se les reconoce el derecho a participar en todos los niveles, aprenderán que es eso lo que se espera de ellos en la sociedad de los adultos: que sean agentes activos, que sean sujetos y protagonistas de sus propias vidas.

La escuela es también un lugar al que deben llegar los principios democráticos y autogestionarios de los que vengo hablando. Apelear a la minoría de edad del alumnado para perpetuar modelos autoritarios y jerarquizados de educación está fuera de lugar. Los niños pequeños pueden mostrar una gran madurez, si se les da la oportunidad, y también pueden aportar muchas ideas valiosas, si somos capaces de pararnos a escuchar lo que quieren decirnos. Experiencias clásicas, como las de La Ruche de Edgar Faure, o más recientes, como las escuelas democráticas en Estados Unidos o la ciudad de los muchachos en España son pruebas más que evidentes de la capacidad que el alumnado tiene de asumir un protagonismo en la educación, y también son buena prueba del impacto altamente positivo que esa manera de organizar la vida escolar

tiene para su proceso de aprendizaje y maduración.

- d -

Educación y solidaridad

La democracia no se reduce tan sólo a esa participación activa de la ciudadanía en la elaboración de las políticas que van a encauzar la vida social de las personas. Como ya dije, lleva consigo un compromiso solidario, de tal modo que requiere de todo el mundo un esfuerzo suplementario para tener en cuenta el punto de vista de los demás y para construir proyectos en los que no se excluya a nadie, se realicen acciones específicas de integración y de atención a las minorías y se defienda un proyecto común de convivencia en el que la gente pueda sentirse reconocida. Educar para la democracia es educar para la libertad y la igualdad, pero también es educar para la solidaridad. Todo centro educativo es ya en sí mismo un espacio en el que se juntan los niños y aprenden necesariamente a convivir con muchos otros niños a los que los unen muchas cosas, pero también de los que pueden sentirse extremadamente distantes. De no mediar un planteamiento consciente y bien estructurado, las relaciones sociales que se establezcan en un centro educativo serán similares a las de la sociedad que los rodea y eso, en estas circunstancias, significa que podrán reproducir y reforzar prácticas de dominación, de competitividad o de imposición de identidades de género que incrementen la discriminación. La creciente multiculturalidad de muchas sociedades, y en concreto de la nuestra, deja bien claro que, de no afrontar el problema, de forma espontánea las escuelas pueden incrementar la marginalidad, la formación de guetos y el enfrentamiento violento entre identidades y sensibilidades distintas.

Vistas así las cosas, se entiende todavía mejor por qué tiene importancia insistir en el aprendizaje cooperativo; servirá para evitar un excesivo protagonismo de la relación maestro-discípulo, que siempre está amenazada por la interiorización de la dependencia,

algo de lo que ya he hablado en el apartado anterior. No sólo se trata, por tanto, de dar oportunidad a los niños desde edades muy tempranas de ser sujetos activos de sus propias vidas, invitándolos a tomar decisiones y dotándolos de las capacidades que hacen posible esa toma de decisiones; se trata también de provocar situaciones en las que descubran las ventajas de la cooperación y se familiaricen con los requisitos que impone el trabajo en grupo. Renunciar a esa dimensión solidaria y colaborativa puede favorecer el que los cambios tecnológicos y sociales incrementen la distancia entre los que son capaces de situarse en la “cresta de la ola” y quienes quedan relegados a posiciones totalmente marginales de subordinación. Desgraciadamente, en las escuelas se sigue reproduciendo con frecuencia un modelo vertical y descendente del conocimiento en virtud del cual un grupo de personas (los expertos poseedores del saber que en este contexto son el profesorado y los libros de texto) vierten sus conocimientos y sabiduría en las mentes vacías de los inexpertos (en este caso, el alumnado). Poco se ha avanzado en el sentido de unos planteamientos más horizontales en los que se refuerce la dimensión social y cooperativa en la construcción del conocimiento y el papel decisivo que juegan los iguales en el esfuerzo de la construcción de una identidad personal.

Esos enfoques descendentes y verticales se ven robustecidos por las tendencias sociales dominantes en la actualidad. Es el individuo aislado el que debe salir adelante y será su comportamiento y sus conocimientos, artificialmente escindidos y disociados de todo lo que lo rodea, lo que será tenido en cuenta para determinar su nivel de adquisición de conocimientos y su dominio de las destrezas básicas exigidas en la escolarización obligatoria. Las calificaciones individuales apuntalan el sentido de competitividad y mérito que legitima las grandes divisiones sociales provocadas por el sistema neoliberal en el que nos movemos en estos momentos. El trabajo en equipo ocupará un lugar muy secundario en la formación del alumnado y raramente será tenido en cuenta, en condiciones de igualdad, cuando llegue el momento de atribuir las calificaciones al final de cada año académico. También se exaltará el valor de los grupos homogéneos, unos de gran rendimiento educativo y otros

de bajo rendimiento. Se priva así al alumnado de la riqueza, avalada por estudios educativos rigurosos, que de hecho proporciona la convivencia y el trabajo con personas de capacidades bien diferentes, y se perpetúa, quizás inconscientemente, la percepción de que existen grupos privilegiados ya en la escuela que luego seguirán siéndolo en la vida real. Crece igualmente la tendencia a ofrecer una educación especial para los superdotados, pensando que se desaprovechan talentos que pueden ser muy valiosos para la sociedad (una vez más con un valor medido en términos económicos), en lugar de enseñarles ya en la escuela las ventajas para ellos mismos y para los demás que puede reportar el activar y potenciar esas capacidades superiores a las habituales en proyectos solidarios de construcción de la vida comunitaria.

El aprendizaje cooperativo es un pilar fundamental de una educación comprometida con la transformación social y la construcción de la democracia. Afortunadamente existen cada vez más aportaciones que ofrecen modelos de intervención educativa que tienen en cuenta la cooperación y la potencian; una de las áreas más interesantes de este tipo de aprendizaje son las que se centran, para intentar modificarlo, en el papel que la escuela ejerce en la perpetuación de modelos excluyentes y discriminatorios de socialización, como la que se da en la construcción de la identidad de género. Otro ámbito de trabajo que muestra las posibilidades de la educación cooperativa es el que hace frente al incremento de la violencia en los centros educativos —algo que preocupa seriamente a todo el mundo implicado en la educación— potenciando el tratamiento discursivo y negociado de los conflictos, de tal modo que se tienen en cuenta los intereses en conflicto, se inicia un proceso colaborativo de discusión y se buscan alternativas que no ofrezcan una vía positiva de resolución del enfrentamiento. Las asambleas de aula y de centro, presentes en las escuelas democráticas, muestran en la práctica la estrecha vinculación existente entre la democracia y el apoyo mutuo, profundizando una comprensión integradora y solidaria de los problemas de una comunidad. Hubiera sido muy interesante extenderse un poco más en mostrar las diferentes posibilidades de estrategias didácticas cooperativas, pero es imposible en

tan breve espacio y será necesario recurrir a las obras citadas en la bibliografía.

Junto a todas estas experiencias altamente positivas, la cooperación debe empapar el núcleo más duro de todo proceso educativo, el que está asociado con la adquisición y desarrollo de conocimientos y actitudes en el alumnado, y el profesorado. Las actitudes propias de una opción por la cooperación ya están presentes en lo que acabo de decir; esas actividades exigen actitudes como las del cuidado, la empatía, la tolerancia y la apertura mental que ve en lo diferente una posibilidad de enriquecimiento personal y nunca una amenaza. Al mismo tiempo, al embarcarse en ese tipo de actividades, todas esas actitudes crecen y se consolidan, convirtiéndose en hábitos de comportamiento.

Por lo que se refiere al conocimiento, el *quid* del problema está en llevar a los centros lo que de hecho caracteriza la producción y creación de conocimiento en la sociedad. Mientras los centros se vuelquen a la transmisión de conocimientos, será muy difícil incorporar dinámicas cooperativas en el aprendizaje, pues esa transmisión se basa en que una persona que sabe expone coherente y metódicamente sus conocimientos a otras personas que, de forma reflexiva y significativa, se apropian de ellos y los memorizan. Si el centro de interés se pone más bien en la producción del conocimiento, se podrá potenciar en las aulas lo que es norma casi común en la investigación científica. Ésta no es nunca una tarea de individuos aislados, aunque el trabajo individual es insustituible, sino el resultado de una comunidad de investigación formada por aquellas personas que muestran un compromiso riguroso y estable con el descubrimiento de la verdad y la elaboración de un cuerpo de conocimientos gracias al cual mejore nuestra capacidad de dar sentido a nuestras vidas. El eje se desplaza y deja de situarse en individuos que estudian y aprenden; aceptado el reto de la producción de conocimiento, la piedra angular es la transformación de las aulas en auténticas comunidades de investigación en las que el alumnado junto con el profesorado se embarca en la misma tarea de producción de conocimiento y donación de sentido a las propias vidas. La dinámica generada por esta modificación sustancial

del espacio educativo permite llevar adelante un aprendizaje no sólo significativo sino relevante, y esto último es todavía más importante tanto para el alumnado como para el profesorado. El compromiso político de la educación alcanza en el aprendizaje cooperativo su nivel más elevado y aviva la conciencia de que sí es posible aquí y ahora tener experiencias sociales completamente diferentes a las que quiere imponernos el sistema. ■

[Biblioteca Virtual](#)

OMEGALFA

